

Apuntes sobre Israel y el antisemitismo

Alejandro Kaufman

I.

Una pregunta que podría o debería concernir a la condición judía es: ¿cómo se hace para dejar de ser judío? Es algo a lo que no se puede renunciar y que no depende del consentimiento. Se es judío y no se puede dejar de serlo. Ser judío no sigue las reglas de la identidad, sino las huellas de la memoria. Se es judío en tanto práctica de la memoria y se deja de serlo por el surco del olvido. Sólo el olvido permite al judío dejar de ser judío. Por eso suele confundirse el judaísmo con nociones raciales o de destino, porque el ciclo del olvido es un ciclo de generaciones que trasciende a los individuos. Se requieren varias generaciones para olvidar, para que el olvido borre el estigma. Si consideramos la historia de España, podemos verificar la forma en que el olvido liberó a cierto número, grande, de individuos, de su condición judía, pero no lo hizo con el colectivo social. España es tan fuertemente judía, no puede dejar de serlo, ni siquiera en la forma que tiene de ser judía, que es siendo antisemita.

Un modo de encarar aquello que se considera una identidad cultural o religiosa es explorar sus bordes, sus límites, la entrada y la salida, la conversión, la adopción, la filiación. Uno de los interrogantes posibles es sobre el grado cero de esa modalidad identitaria. ¿Cuál es la mínima expresión de la identidad? Contamos con condiciones empíricas de gravosa consistencia. La shoá es esencial para ello: quitarle la vida a alguien por ser judío, haber caracterizado a alguien como judío para quitarle la vida. La cuestión del grado cero es también importante precisamente por la proporción invertida: perder la vida *por tan poco* como una identidad en su dimensión mínima. Con tener dos ancestros entre cuatro de la segunda generación antecedente era suficiente para perder la vida, aun

cuando no se mantuviera ningún otro vínculo con el judaísmo. Alguien podía ignorar por completo toda relación con el judaísmo, considerarse alemán o polaco, y que un día determinado se le dictara la sentencia final; o tratarse simplemente de un niño recién nacido. Lo corriente es escandalizarse o sorprenderse por esta desproporción en el sentido que atribuye al nazismo su desmesura, pero menos habitual es comprender en ello un rasgo que concierne en cambio al judaísmo.

Una visión internalista sobre el judaísmo no tiene empatía con estos razonamientos porque la consolidación estructural de la identidad no se establece por lo que le es ajeno sino solo sobre lo que le es propio.

En *El proceso*, Kafka, a quien siempre se vuelve, pensó la culpabilidad en el marco de una indagación sobre el grado cero de la identidad. Lo profético de *El proceso* reside en que K. es sentenciado y ejecutado por una acusación que desconoce y que no tiene ninguna relación con su experiencia efectiva. Nada que él recuerde, sepa o haga se vincula con la sentencia. Es culpable por algo que le resulta ajeno. En su hallazgo, Kafka sigue el derrotero implicado en la descripción del grado cero de la condición judía, tal como a él lo afectaba en la inminencia de la catástrofe, asignándole el carácter universal que el internalismo comunitario judío elude. Kafka hace inteligible esa condición, vivida como judío, para quienquiera que sea. La sustracción del nombre propio no procura más que ampliar la sensibilidad necesaria para la escucha.

Para entender lo que significa la condición judía después de la shoá y su dimensión significativa en relación con la modernidad tardía, hay que trazar las líneas de fuerza que se subtienden entre una ausencia completa de conciencia o registro de la identidad judía y la pérdida de la vida en deportados y gaseados, nietos de abuelos judíos. Cuando se pierde la vida en un terremoto o en un accidente de tránsito se verifica una similar relación entre el sujeto como agencia y aquello que le acontece de manera ajena a su existencia, pero a la vez determinándola sustantivamente si sobrevive. La vida después habrá de ser diferente. No se trata de un terremoto o de un accidente de tránsito sino de ser judío. Pero respecto de aquellos accidentes, no hay una antecendencia, en la anterioridad del suceso. No ocurrieron, y por lo tanto pudieron no haber ocurrido nunca. Nada

en el pasado es determinante –en principio- del destino personal. Algo que tiene una similar relación con un accidente de tránsito o un terremoto adopta en cambio para el sujeto la condición de un destino desligado de todo acontecimiento.

Ser judío después de la shoá es pertenecer a un colectivo sobreviviente. El estigma adopta una nueva forma. Ya no es el judío errante, traidor y usurero del antisemitismo clásico. Ahora es el sobreviviente del holocausto. El que nos va a estar recordando, además de todo lo que ya desde antes era tan problemático, que fue exterminado.

Las hipérboles, las sacralizaciones desafortunadas o las mercantilizaciones del holocausto no hacen más que agregar confusión a la base de un problema que no se ve afectado por todo ello, no obstante que la devaluación de la memoria de la shoá por sus desvíos resulte en una denegación antisemita, si no en liso y llano negacionismo.

Es sorprendente, viéndolo así, que hayamos podido creer en cierto momento que el antisemitismo era una cosa del pasado, cuando todo conduce -pero no podríamos haberlo pensado antes-, a lo contrario. Lo peor que pudo suceder es que tuviera lugar un exterminio, la *solución final*, y que hubiese fracasado, que dejara dos tercios sobrevivientes del pueblo judío sin haber resuelto aquello que por ser un *problema* había acarreado su *solución*. En cualquier fenomenología o narración de la violencia, haber sobrevivido a una injuria semejante no puede ser de ninguna manera *otra cosa* que el eslabón de una sucesión de horrores y barbaries. Escuchar entonces que resulte sorprendente que los sobrevivientes de la shoá *no aprendieron nada* de lo acontecido, y solicitarles coherencia porque fueron víctimas y entonces debieran ser ejemplos morales se torna en el marco analítico aquí delineado una incomprensión flagrante, si no un agravio.

No es paradójico, si bien se mira, que sea la *operación plomo fundido* la que nos haga apreciar las líneas de fuerza existentes entre las cámaras de gas y los crueles asesinatos de palestinos. Lejos de orientarnos a las estúpidas preguntas sobre cómo los judíos que sufrieron tanto pueden hacer sufrir de similar manera a nuevas víctimas, lo sorprendente sería porqué no ocurrió antes ni fue mucho peor.

Acosar al sobreviviente, agitar ante su vista los fantasmas de sus horrores más temidos y recordados: no puede haber operación con mayores garantías de éxito para desencadenar la guerra y la violencia. En este contexto es conjeturable una interpretación muy diferente de la habitual respecto de las inaceptables y crueles barbaries infligidas por israelíes a palestinos. El discurso falaz –israelí-, inverosímilmente cínico y negador de esas acciones, que invierten su sentido para manifestarse como el “ejército más ético”, son un recurso, en medio de la locura, que por mecanismos paradójicos podría ser aquello que establezca un límite para un genocidio *tout court* u otras consecuencias autoinmulatorias, siempre latentes. Hacia ese abismo empujan los acontecimientos en el llamado Medio Oriente.

Ser judío es ser el rehén de una condición, ya no solamente de la Ley, de la Torá, del Pacto, sino del mundo gentil. El mundo gentil que comprendió y asimiló al judaísmo en la *haskalá* y terminó el experimento en Auschwitz. ¿Cómo no se iba a producir un crecimiento y una hegemonía del “fundamentalismo”? ¿Sobre qué base argumental exenta de estulticia o ingenuidad podría esperarse otro resultado?

Ser judío es estar encerrado en un espacio simbólico y experiencial al que se puede pertenecer sin tener la menor idea de ello, por el que se puede morir, pero del que no se puede salir.

La *operación plomo fundido* es decisiva: es imperdonable, es injustificable. Y cuanto más repetimos esto, más se la defiende desde las perspectivas judías internalistas.

El actual cuadro de posiciones políticas, religiosas, artísticas, de defensa de los derechos humanos, la extrema divergencia entre variantes inconmensurables en unos y otros bandos y facciones nos tienen que alertar sobre la naturaleza multiforme de la contrariedad. Estos no son conflictos representables en forma unívoca ni explicables de maneras convencionales, como hay quienes tratan de hacerlo con razones geo-eco-socio-políticas.

II.

El antisemitismo no consiste en opinar negativamente acerca de los judíos. La mera opinión es inocua respecto del fondo del asunto. No inquirimos a las personas por sus opiniones para saber acerca del acontecer histórico, social y político. Cuando lo hacemos es para mensurar operaciones mercantiles, consistentes en previsiones sobre algunos comportamientos susceptibles de reducirse a ciertas acciones discretas como comprar un producto o votar por alguien. De poco nos serviría preguntar opiniones sobre lo que una persona haría en una insurrección, o si matara a alguien con su auto, o si viera a alguien ahogarse.

El fondo del asunto en lo que concierne al antisemitismo no reside en una opinión, ni en ninguna acción determinada. El fondo del asunto respecto del antisemitismo remite a las actitudes pasivas que puedan comprobarse en las personas no implicadas respecto de las acciones violentas que se ejerzan sobre los judíos. En esa pasividad reside la clave del éxito de los linchamientos, los exterminios y los pogromos, sea quien fuere su víctima.

En contextos normativos donde no se estimula la contemplación de castigos corporales (a diferencia de lo que sucedía en otras épocas), el acto violento sobre determinada víctima tiene lugar mediante la intervención de un pequeño o mediano grupo de agresores, que instalan una escena pública. El contagio de la ira en una masa y la conducción de esa ira hacia la agresión contra una o varias víctimas es impredecible y ocurre en forma efímera, aunque se la puede inducir y provocar. Es propósito del antisemitismo esperar esa oportunidad.

Uno de los significados de las acciones de violencia colectiva dirigida sobre ciertas víctimas consiste en poner en acto una escena. La escena está destinada a la contemplación del conjunto. Algunos individuos intervienen, pero el resultado está destinado a ser contemplado. Un acontecer de esta índole reconoce su cualidad de escena significativa en que el acto sea llevado a cabo sin consecuencias, en que una víctima sea objeto de una agresión violenta y que esto sea aceptado como algo natural, como parte de un horizonte de sentido. El acto violento antisemita es exhibitivo, no permanece en secreto, ni consiste en una acción realizada contra uno o

varios individuos en forma privada. Aunque esto puede ocurrir también en forma concomitante en algún contexto, no es lo decisivo.

La shoá fue secreta porque no tenía como propósito constituir la escena pública del daño conferido a las víctimas, sino concluir definitivamente con el espectáculo, eliminando para siempre a la víctima. La eficacia del exterminio residía en su ocultamiento. La eficacia del pogromo reside en su exhibición.

El pueblo judío se destaca por la creación continua de modos culturales adaptativos a las persecuciones. Las modalidades del secreto, el “bajo perfil” y el susurro han producido muchas significaciones. Pero en la modernidad ha tenido un auge importante el comportamiento reactivo inverso: el ejercicio de la notoriedad. La notoriedad, la presencia pública evidente a través del ejercicio intelectual, artístico y profesional han configurado modelos de conducta destinados –inconscientemente, claro- a contrarrestar la victimización y la persecución. Una víctima susceptible de ser mortificada públicamente lo será menos, sería esperable, si tiene cualidades positivas colectivamente reconocibles.

El modelo de la notoriedad también debía ser suprimido por el plan de exterminio porque formaba parte de la médula del problema, y su eliminación, de la solución final.

En las décadas posteriores a la shoá, cualquier comportamiento público de victimización de judíos suponía una adhesión al exterminio y un recuerdo de que la persecución secular había concluido de la manera conocida. La publicidad de los actos contrarios a los judíos vivió un período de ocaso. Se produjo una *moratoria*.

El proceso de instalación de un conjunto de relatos sobre la shoá –incluyendo su industrialización- y sobre diversos temas “judíos”, tal como tuvo lugar en la postguerra, estuvo ligado al desenvolvimiento del comportamiento judío reactivo de la modernidad. Neutralizar la posición de vulnerabilidad mediante la adquisición de prestigio.

Las primeras décadas de la existencia del Estado de Israel dieron lugar también a relatos de prestigio, que sirvieron tanto para lo que sirven todas las narraciones legitimadoras de los Estados, como para sustentar la narración legitimadora de un Estado judío.

El pueblo judío sobreviviente de la shoá articuló su continuidad de postguerra mediante esos relatos, sumados a las acciones estatales por las que se instituía el estado y se garantizaba luego su instalación.

Mientras los relatos de prestigio tuvieron eficacia, el poderío militar creciente y el desarrollo de una cultura de la violencia bélica estuvieron en un segundo plano. Los relatos prestigiosos progresistas legitimadores del Estado de Israel fracasaron en tanto no se logró la paz. La condición de guerra continua socavó la narrativa prestigiosa y dejó a Israel sin narrativa positiva, sólo con una forma baja del prestigio que es la pura ostentación de la fuerza.

En los últimos años, y la *operación plomo fundido* ojalá haya sido su culminación y no un escalón más, la cuestión del fundamento del Estado de Israel sobre la mera fuerza y el prestigio brutal de su ostentación adquirieron predominio.

Hay una narración observable en los materiales a los que tenemos acceso que llama la atención. Las fuerzas armadas israelíes, “las más poderosas” o “una de las más poderosas del mundo” suscitan horror, pero no miedo. Es curioso ver reiteradamente lo siguiente. Por un lado, figuras bélicas, jóvenes soldados, varones y mujeres que poco tienen de una apariencia marcial, intimidatoria o que inspire respeto. La apariencia es más bien la de un personaje un tanto informal, relajado, desprolijo, casi mal entrazado. Suelen suscitar una apariencia más marcial y bélica los desfiles de Hamas, que prescinden además de las mujeres.

Se producen escenas en que civiles palestinos, niños o pacifistas europeos desafían a tanques y retenes militares, desarmados, arriesgando sus cuerpos inermes frente a la máquina asesina. ¿Esto lo hacía alguien con los nazis? ¿Alguien vio imágenes semejantes frente a batallones SS? ¿Alguna embarcación humanitaria no autorizada de la Cruz Roja intentaba quebrar un bloqueo naval nazi? Los nazis, la Alemania del Tercer Reich, comprenden lo más concentrado del prestigio concernido por la brutalidad de la fuerza, por la pura barbarie de una maquinaria despiadada.

El sujeto israelí, sin que ello desmienta sus inadmisibles e insoportables actos de brutalidad, sin embargo no parece suscitar miedo en sus oponentes. Suponer que esto nos limita a constatar el heroísmo de esos oponentes.

nentes no es una idea sensata. Incluso nos lleva hacia un terreno viscoso: los judíos no suscitan miedo por tales o cuales razones (antisemitas, las mismas por las que nunca suscitaron miedo, sino asco). Lo que quiero señalar aquí es la contradicción que se produce entre el relato que remite a una maquinaria criminal despiadada y la verificación de una soldadesca técnicamente muy bien armada y brutal, pero descontracturada y muy poco marcial. El judío que hace tan poco tiempo era una denegación de cualquier posibilidad de imaginarlo ejerciendo violencia sigue ahí, intacto detrás de la maquinaria bélica.

Porque he ahí un indicio. La maquinaria bélica combina un uso extremo de la inteligencia estratégica con una aplicación ultramodernista de la tecnología en todos sus aspectos. Pero, insisto, el sujeto concreto sigue siendo visto como una víctima de la cámara de gas. Casi todo en los relatos antisemitas de distinto grado que se oponen a la fuerza brutal ejercida por Israel está connotado de esta manera. La amenaza israelí no se manifiesta nunca con esas figuras viriles a las que la iconografía bélica nos tiene acostumbrados desde la Antigüedad. El horror es suscitado de parte de la maquinaria bélica israelí por la técnica y no por una subjetividad marcial. No tenemos en la memoria esas imágenes, ni vemos que Israel exhiba los desfiles militares reproductores del mito marcial del que casi todo ejército dispone. En su primera época el relato bélico israelí se basó exclusivamente en las victorias militares. En las últimas décadas la victoria militar, esquivada para Israel, dejó su lugar a otra instancia, productora de horror antes que de miedo: el desplazamiento de la narrativa bélica al uso de dispositivos técnicos. El soldado israelí puede ser enfrentado por niños (¿cuántos antecedentes hay de historias semejantes?) pero sus armas son abrumadoras, antes que temibles. Podemos temer a otro ser humano. Las máquinas son lo siniestro, aquello que produce horror. Entonces, en lo que *podría* asemejarse la maquinaria bélica israelí a la maquinaria bélica nazi es en esta dimensión técnica de los dispositivos regulados por una racionalidad tecnocientífica, por lo tanto *monstruosa*, como bien se sabe. Pero la subjetividad totalitaria del bello ario nazi no la vemos por ningún lado. En esta contrariedad entre relatos y verificaciones empíricas residen algunas claves: la confrontación antisemita contra los israelíes, en tanto

judíos despreciables, sin prestigio bélico, no temibles, susceptibles de ser enfrentados por niños a los que van a asesinar. Responden a la provocación del modo en que se espera que respondan. La gran operación antisemita en curso consiste en profundizar la conversión del despreciable judío asqueroso en un asesino de niños. ¿Conversión? No, porque siempre fue eso: un asesino de niños. Ayer, por el crimen de Dios y el crimen ritual, ahora de la manera conocida. Construir relatos es una expresión que suele entenderse como una relativización de la narrativa en relación con una realidad “objetiva”, pero si se está dispuesto a sacrificar vidas, la realidad objetiva puede contribuir a que el oponente, proclive y vulnerable a ese relato, consienta en actuar en él como comparsa, aunque no por ello menos responsable.

Entiéndase bien, queremos explorar el camino consistente en comprender, sin dejar de condenar lo condenable, pero sin dejar de comprender. Solo eso puede salvarnos ahora -y ni siquiera-: tratar de comprender. En todo caso, lo alternativo al antisemitismo no es el amor a los judíos ni la conformidad con los relatos israelíes oficiales, sino el esfuerzo eficaz por la paz, ya sea intelectual, político o de cualquier otra índole. El antisemitismo, cuya índole debe ser exhaustivamente revisada en un sentido muy diferente al que suele esgrimirse de uno y otro lado, pero sobre todo del lado que se manifiesta como antisemita en forma denegatoria, contiene la fórmula áurea de la guerra *contra* los judíos y *de* los judíos.

III.

La teología política no remite solo a los núcleos fundantes del lazo social, las narrativas estatales o los ciclos de la discordia armada. La shoá es un acontecimiento perteneciente a la teología política, como lo es en definitiva también el horror que le fue concomitante: el *Apocalipsis* nuclear. ¿No es con ese nombre que lo reconocemos? Además de *Holocausto* nuclear, claro. En tanto parte integrante de la teología política, la shoá constituye un régimen de producción de signos fundantes de acontecimientos, más allá de sus “desvíos” (*malgré* Norman Finkelstein et al.).

Resulta concebible la narración por la cual el Apocalipsis nuclear contiene la respuesta a la shoá. Fue el antisemitismo nazi el que sustrajo al Tercer Reich de la oportunidad de poseer su bomba, y fue el antisemitismo nazi el que le entregó la bomba al enemigo, a los Estados Unidos. Resulta notable cómo los actuales relatos antisemitas no le asignan una naturaleza judía a la bomba. En cambio la codician, plantean sustraerle el conocimiento sobre la bomba a quienes lo obtuvieron con su inteligencia. Estoy simplemente borroneando un relato mítico, al efecto de producir una intelección mediante la imagen resultante. ¿Resulta sorprendente que Israel posea la bomba? ¿No podría hasta imaginarse un relato que planteara que el único país con derecho a poseer la bomba es precisamente Israel? Hay un relato antisemita iraní que formula esta idea de otro modo: la bomba israelí tiene como propósito la destrucción del mundo, literalmente, no por accidente ni por consecuencia de algún evento bélico. Se trata de apurar la redención con ese procedimiento, a la manera de las fantasías de ciertas sectas pseudo milenaristas. El relato iraní es fantástico, aunque se presenta como denuncia seria, a la manera de los libelos antisemitas. Pero preguntémos: ¿cuál puede ser el propósito de una bomba israelí? ¿Qué otro propósito puede tener que el autoinmolatorio? ¿Qué otra significación puede tener un armamento del que no se dispuso en el levantamiento del Gueto de Varsovia? Porque la pregunta correcta es: ¿Qué diferencia hay entre el Gueto de Varsovia y el Estado de Israel? Y la respuesta es: en lo esencial, ninguna. Tal vez las derechas no detentaban la hegemonía ideológica en el Levantamiento. Aunque estaban allí, junto a las izquierdas y el centro. Estaban todos. Los combatientes del Gueto fueron en gran medida personas ligadas a las militancias políticas de todos los signos ideológicos. ¿No nos dice eso también algo sobre el fondo de la cuestión? Ambos comparten un significado sobre la autoinmolación de un colectivo sometido a la última denigración. El Levantamiento del gueto de Varsovia tuvo prestigio durante cierto tiempo porque los judíos habían combatido antes de morir, en lugar de morir sin combatir. La víctima asquerosa tuvo un instante de redención. Israel ya no puede usufructuar ese prestigio porque ha abandonado el destino secular judío: no matar, sino morir.

IV.

Durante la *operación plomo fundido* (siempre resulta conveniente emplear la denominación de los perpetradores, ninguna otra resulta más indiscutible ni adecuada) tuvo mucha difusión un sitio web de *youtube* en el que el ejército israelí, en forma oficial, dio a conocer un conjunto de videos. En ninguno vemos desfiles militares tradicionales ni figuras viriles. Lo que vemos es casi lo mismo que podríamos ver en un sitio dedicado a la entomología o a la astronáutica. Un discurso audiovisual sobre “blancos” visualizados, o sea representados, como imágenes obtenidas desde aviones -a gran altura o con mayor cercanía-, pero siempre de un modo por el cual no hay registro humano de la conflagración bélica. Quien ejerce la violencia no es visible más que como operador de artefactos técnicos, y quien es víctima de ella aparece de un modo no humano, como figuras cuasi abstractas, no identificables, salvo para los sistemas informáticos que se pretenden exhibir.

Es llamativo que sea el propio ejército israelí el que pretenda legitimar sus operaciones criminales en Gaza mediante semejantes imágenes. Estas imágenes, que se describen como si confirmaran el discurso oficial sobre los “escudos humanos”, sin embargo, sólo suscitan la impresión contraria: la misma exhibición de bombardeos aéreos sobre blancos terrestres que no tienen forma de responder a los ataques, más que sucumbir a ellos, nos está describiendo por el propio discurso militar la confirmación del horror acontecido en Gaza, la aplicación de una violencia abrumadora sobre un oponente inerme.

La representación de lo humano en estas imágenes se nos antoja entomológica. Es la mirada de un zoólogo la que se nos impone sobre unas figuras lejanas e informes que se describen como de “terroristas”. Mucho se podría escribir sobre estas imágenes, no exclusivas del belicismo israelí, pero extrañamente reivindicadas por ellos.

No obstante, lo más llamativo es aun otra cosa que se encuentra en ese sitio. Se trata de la presencia del ejército israelí en Auschwitz. Allí sí tenemos algo que se parece a un desfile militar. Al fin la parafernalia esperable en todo ejército. ¿Revisitaremos a Baudelaire?

No, es Auschwitz. ¿Qué puede hacer el ejército en Auschwitz? Puede poner una corona de flores o algún otro homenaje simbólico. Pueden pronunciarse discursos y hasta cantar, como efectivamente ocurre según lo que se aprecia en el video. Pero no conformes con ello, lo que nos exhiben es un vuelo rasante de tres jets de combate israelíes *sobre* Auschwitz. Los tres jets vuelan en formación mientras escuchamos un breve discurso de uno de los tripulantes, durante el sobrevuelo. Nos enteramos que los tripulantes son hijos o nietos de víctimas de Auschwitz. Nos hablan del *heroísmo* de quienes murieron en ese lugar. Los tres jets vuelan en formación, pero en cierto momento, uno de ellos, representando metafóricamente al tercio del pueblo judío asesinado en la shoá, se desprende de la formación y gira en el aire en forma desordenada como si hubiera perdido el control, como si se hubiera extraviado. Los otros dos aviones, que representan al pueblo judío sobreviviente, mantienen la formación y el rumbo recto. A la vez se nos muestra Auschwitz desde la mira de tiro de los aviones, y se nos hace escuchar el sonido rítmico que se produce cuando suena la alarma ante la inminencia del disparo. Es casi un ejercicio de vuelo y bombardeo sobre Auschwitz. Los pilotos dicen: somos el escudo del pueblo judío. O en otras palabras: *nunca más*. La única forma, lo sabemos bien, en que esas palabras pueden pronunciarse en forma creíble y eficaz: si las sostiene la fuerza.

Pero esto no es todo. En la formación militar ante los crematorios, se hacen tres cosas: se pronuncia un discurso breve que refiere a los exterminados, nuevamente se hace mención de su *heroísmo*, y finalmente se canta el himno nacional israelí. La ceremonia empieza con una canción que protagoniza una mujer militar y es acompañada por todo el resto de la formación. La canción es tristísima y conmovedora. Carece de toda ínfula bélica o agresiva. La autora de la letra de la canción es una mujer, Jana Senesz, una combatiente judía que se lanzó en paracaídas en la Europa ocupada, formando parte de las fuerzas británicas, y que murió a manos de los nazis. Jana Senesz también era poeta y escribió entonces esta letra. “Dios Dios, que no se acabe nunca la arena y el mar/ el rumor del agua, los relámpagos del cielo y la plegaria del hombre.”

¿En qué condiciones, en qué narrativa, en qué estructura de significados cabe una ceremonia militar frente a un campo de exterminio en el que

se pronuncien esas palabras, que en lugar de suscitar el fervor que suscita cualquier charanga marcial, o el envaramiento que producen las ceremonias militares fúnebres, lo que nos produce es un llanto inagotable e inconsolable frente a Auschwitz? ¿Qué clase de ejército, qué clase de lucha bélica es concebible sobre esos discursos y significados? ¿Qué clase de heroísmo puede ser el de las víctimas de la shoá? Tzvetan Todorov dedicó un libro a explicar la singularidad intrínsecamente no militar de ese heroísmo. No es el heroísmo ni es la narrativa de la *victoria*, sino de la supervivencia. No es el heroísmo de un imperio sino el de una minoría irrelevante desde el punto de vista de la intimidación bélica. No se pase por alto el significado radical de la letra de la canción. Se implora por la continuidad de la existencia del mundo, se implora por la supervivencia, se implora por la plegaria, se implora por la imploración. Esos aviones, capaces probablemente de portar el Apocalipsis nuclear, o al menos de formar parte de él, lo mismo que ese ejército, imploran frente a Auschwitz por la preservación de la vida, por la continuidad del mundo, por la propia supervivencia, porque la autoinmolación no tenga lugar.

V.

En el borde antagonista, pacifista, contracultural que se produce en Israel, ahora parece que minoritariamente, dos películas israelíes recientes, *Vals con Bashir* (dirigida por Ari Folman) y *Z32* (dirigida por Avi Mograbi) nos dicen algo de una radicalidad igualmente difícil de asimilar: en ambas, los perpetradores o cómplices de las matanzas efectuadas por los israelíes hacen un uso exhaustivo de las metodologías judías de la memoria de la shoá. Se trata de las metodologías anamnéticas que fueron utilizadas durante sesenta años para dilucidar la narración del trauma del exterminio (y antes, durante siglos, claro). Ahora, en estos filmes, son usadas para que los perpetradores o cómplices ejerzan una revisión radical de sus propios actos criminales. Tanto en uno como en el otro film el proceso anamnético da a lugar a conclusiones muy similares a las de la memoria de la shoá. No dan como resultado una lista de culpables que hay que

juzgar en los tribunales, sino que nos describen la condición de desolación en que se encuentra la humanidad a la que pertenecemos, y sobre la cual las esperanzas se extinguen en un murmullo.

Concluamos: los judíos, no importa si israelíes o diaspóricos, si santos o asesinos, si inocentes o culpables, no son lo mismo que los nazis ni pueden asemejárseles en nada, no solamente porque fueron sus víctimas infinitas, no solamente porque hay una narrativa judía, por lo tanto universal, en el sentido de Kafka, para narrar tanto el sufrimiento judío como la responsabilidad por los crímenes perpetrados por judíos en nombre de los judíos, sino, y tal vez esto sea lo más importante a considerar de todo lo que tenemos para decir, porque el exterminio nazi procuraba exterminar la narrativa judía, la memoria judía, por lo tanto universal. La reivindicación del judaísmo frente a los propios crímenes cometidos se produce cuando el juicio de la memoria comienza a demostrarnos que ha sobrevivido a los crímenes. Que no han de quedar impunes ni olvidados. Que judíos que fueron perpetradores o cómplices o testigos pueden relatar el testimonio contra ellos mismos en tanto judíos, en tanto humanos. En ello reside la esperanza para el legado del pueblo judío, en que de la singularidad judía, por lo tanto universal, emerja lo que el legado judío promete como redención.

Esta es la razón por la que el deber de todo judío es reconocer y condenar los crímenes que se cometen en su nombre sin ser funcionales a la vez al antisemitismo. Combatiendo a la vez el antisemitismo y la criminalidad judía.